

CINEASTAS LATINOAMERICANOS NACIERON EN VIÑA UN DÍA

Nada me parece más ridículo y pretencioso que citarse a sí mismo. Y heme aquí haciendo el ridículo y corriendo conscientemente el riesgo de resultar pretencioso.

Pero no encuentro otro camino para iniciar una introducción a textos que ya están lejos, y de los que muy cercanos estamos, porque forman parte de nuestras vidas y del nacimiento del nuevo cine latinoamericano: Viña del Mar en los años '70 fue un hito decisivo y en su marco se produjo ese instante, casi inaprehensible mientras vivido, y ahora nítido, de la conciencia de sí.

Allí el encuentro se hizo unidad porque nos descubrimos ya para siempre diversos, y ya para siempre uno. Ésa fue la experiencia definitiva, aquella en que dejamos de ser cineastas independientes o de los márgenes, experimentales, buscadores, promesas o aficionados, para descubrirnos lo que ya éramos sin saberlo: un nuevo cine, el "movimiento", y es bueno subrayarlo, que de ese nuevo cine hace una constante indagación renovadora, es decir, revolucionaria, es decir, poética.

No era el primer encuentro. Nos habíamos llamado "independientes", y unos en Montevideo y otros en Santa Margarite Ligure y en Sestri Levante iniciamos los pasos que nos acercaban a ese instante que tendría que llegar según madurábamos como cineastas y cinematografías, y maduraba, en nuestro entorno, y al precio de conmociones no pocas veces sangrantes, la conciencia bolivariana. Acaso el más interesante presagio lo ofrecieron precisamente aquellos que apenas se asomaban al cine y que comprendieron, informemente, que un festival y encuentro, en Viña del Mar, en el Cono Sur, de latinoamericanos, de jóvenes, y en aquellos días, no podía sino ser una anunciación.

Inaugurando lenguajes

No buscó, ni podía encontrar inspiración ese cine alternativo en la obra de los más destacados cineastas norteamericanos o ingleses, italianos o franceses, y mucho menos en sus búsquedas expresivas, o cuando se produjeron, en las corrientes estéticas (e ideológicas) a que dieron lugar; si hablamos de mimesis lo hacemos para referirnos al producto más banal e insignificante, a las fórmulas menos creativas y más rutinarias, cuyo último y primer objetivo era (y es) conquistar la "taquilla" entreteniéndolo sin inquietar.

La nueva cinematografía que nos tocaba sentir ya presente resultaba, de este modo, no de la superación de viejos esquemas, realidades y prácticas, sino de un salto de la historia; porque en medio de muy complejos combates, y en virtud de ellos, la conciencia de sí en el marco de la cultura artística, y de nuestra cultura latinoamericana y caribeña, no podía sino desencadenar experiencias inéditas, y entre ellas, la de descubrir las posibilidades que abren los medios técnicos de expresión y comunicación que, en manos del opresor, eran objeto de análisis, de odio, y de condenas, pero que, retomados por los artistas, y a veces, simplemente por combatientes, devenían en instrumentos de otro carácter e inauguraban lenguajes que, casi siempre partiendo del testimonio y el directo encuentro con realidades e imágenes imponentes, permitían, pese a la inmediatez obligada y a sus limitaciones, avizorar ese decantamiento que conduce inexorablemente a la poesía. Por eso subrayamos entonces que "...esas vanguardias, y esos combates, suponen la apertura que permite el surgimiento, y el desarrollo de una vanguardia artística y su radicalización".

Diversidad es el nombre

El movimiento del nuevo cine latinoamericano y caribeño tiene ya una historia. No son muchos los años recorridos, pero si tomamos por punto de vista referencial a aquellos privilegiados protagonistas de Viña del Mar, entre los que me encuentro, entonces pudiéramos también decir paradójicamente que no son pocos. Varias generaciones de cineastas entrelazan sus vidas en el movimiento, y los festivales internacionales del nuevo cine latinoamericano y caribeño prueban que el ímpetu inicial no pierde fuerzas, que la diversidad crece y que el cine nuevo no es sólo una realidad sino más aún, y mejor, una reali-

dad en desarrollo, abierta, sujeta a presiones internas, a confrontaciones y búsquedas que hacen justa su denominación de “movimiento” del nuevo cine latinoamericano (y ahora, también, caribeño).

En el curso de estos años aquel inicial recurso expresivo que tomaba por punto de partida el testimonio y la denuncia ha sido desbordado largamente, y cuando (si) reaparece tiene ya otra y muy distinta significación estética; es la diversidad el rasgo distintivo en nuestros días, y su presencia es tanta que nos hace optimistas pues permite avizorar síntesis y búsquedas que darán esa frescura siempre inédita y renovada que es la sustancia de lo joven, de lo “nuevo”.

No podrá, sin embargo, accederse a esa síntesis sin la vocación poética que hace del artista, artista; y de la obra de arte, protagonista único e irrepetible del universo todo, infinitamente repetido y cada instante uno. Sin ese entrenamiento y esa capacidad innata, adquirida, acrecentada y cultivada para universalizar cada particularidad e impregnarla de poesía, lo nuevo devendría ceremonia; el “movimiento”, inercia; la imagen, tecnología y rutina; el lenguaje, convención y la convención no retorno al anti-cine que nos permitió descubrir el cine (que es un arte), pero sí a otro producto que no sería cuando menos “nuevo”, aunque tal vez cine sea (sin ser arte).

En esta hora, incitado a la nostalgia, no puedo menos que terminar la introducción, que no he podido ni sabido convertir en recuento, rindiendo homenaje sin nombres, y sin citas, a los que han sido audaces y anti-rutinarios; a los que quisieron serlo; y sobre todo a los que lo son hoy, con su obra, con sus proyectos. Y aun con sus sueños. Ellos, los depositarios de la imaginación poética, lo son también de cuanto hizo y puede hacer Nuevo, al Nuevo Cine Latinoamericano, a nuestro “Movimiento”.

(Palabras en el Festival de cine de Viña del Mar, Chile, publicadas por *La Nación*, Argentina, 17 de octubre de 1993.)